VIDA MONTEVIDEANA

Revista Social, Literaria, Artística é Ilustrada

APARECE LOS DOMINGOS

Año II | Montevideo, Mayo 22 de 1898 | Núm. 45

Director y Redactor
RAFAEL J. FOSALBA

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Convención 82

Secretario de Redacción
EDUARDO GANDOLFO

SUMARIO

TEXTO—DISCULPA—ALFREDO DE MUSSET, (traducción) por Rufino T. Fombona—LA ROSA, EL CÉSPED Y LA ADELFA, poesía por Ricardo Sanchez—AL FIN SOLO, por Octavio Mirbeau—LA ANÉMONA, poesia por Ramón M. Perez—ED PRIMAAERA, por Pablo A. Ortega—EN UN ÁLBUM, poesia por Santiago Maciel—EL HIJO PRÓDIGO DE MISTER THOMPSON, por Bret Hart—SU VOZ, poesia por Vicente Magallanes—VIDA SOCIAL, por Indiscreto—AMORES VIEJOS, poesia por José S. Chocano—LA FALTA DE TRABAJO, por Radamés—EN UN ÁLBUM, poesia por Luis Piñeiro del Campo—EL ANTIFAZ, por Eduardo Lopez Labandera—ESTIVAL, poesia por Manuel J. Sumay—UNA VENGANZA (continuación) por Américo S. Mancebo—UNA CITA, (conclusión) por J. Joaquin Salinas,

GRABADOS—FLORES URUGUAYAS.

DISCULPA

DEBIDO Á QUE AÚN NO HEMOS RECIBIDO EL CLICHÉ DE BUENOS AIRES,—EL CUAL NO HA PODIDO SER CONSTRUIDO Á CAUSA DE LOS CONTÍNUOS DÍAS NUBLADOS,—PRIVAMOS Á LA PRIMERA PÁGINA DE ENGALANARLA CON ALGUNA DE NUESTRAS BELLEZAS. DISCÚLPENNOS NUESTROS LECTORES ESTA FALTA. EN EL PRÓXIMO NÚMERO LA SUBSANAREMOS.

ALFREDO DE MUSSET

Traducido del francés para "Vida Montevideana"

La Revista de Paris comenzó á dar á luz epístolas inéditas de Jorge Sand al poeta Musset; epístolas fechadas las más en Venecia, á raiz del rompimiento. Esta fué la chispa que puso fuego en la paja; como decir, despertó el celo en los admiradores póstumos de Musset.

Jorge Sand puso esas cartas inéditas en manos de un devoto de ella. Muerta Jorge Sand, las cartas debían ser publicadas en son reivindicativo, tan pronto como el comisionario lo creyese oportuno. Es ahora cuando salen á luz. Las *Cartas á Musset* aparecen precedidas de una epístola de la comitente al comisionario, epístola que comienza de esta suerte:

—«Conoceis todas las cartas que me han sido escritas por Alfredo de Musset y todas las que ha recibido de mí. Sabeis que esta correspondencia es la mejor refutación á las calumnias de que he sido objeto. Entre estas calumnias hay algunas que me han herido profundamente, á pesar de estar habituada á soportarlo todo en este género. Ved aquí las que que tengo que reducir á la nada: —La acusación de celos literarios; la de haber sido causa de una grave enfermedad, suscitando á Alfredo penas anteriores á esa dolencia; la de haberlo cuidado mal, descuidado, abandonado durante sus males; la de haberle afligido, *amenazado*, echado durante su convalecencia; en fin, la de haberlo llamado, traido otra vez hácia mí para afligirlo y amenazarlo de nuevo.»

Algunas líneas después de las trascritas, pueden leerse estas otras:

«Mis contemporáneos saben que si á causa *de él*, yo he sido mal juzgada, á causa *de mí*, él también ha sido acusado, algunas veces condenado.»

Nada es más verdadero. Desde el principio de la desavenencia entre ellos, el campo se halla dividido entre los parciales de ella y los de él.

Jorge Sand no niega las relaciones con Pagello, bien que siempre quiso, acaso movida de un pudor piadoso, hacer imaginar al poeta que había en ellas mucho de sentimentalismo.

«El me trata como á una mujer de veinte años, y me corona de estrellas como á una vírgen. Yo nada digo para destruir ó para entretener su error. Me dejo regenerar por esta afección dulce y honesta; por la primera vez de mi vida amo sin pasión.»

Pagello le había regalado un estornino.

«El pájaro se me murió; lloré, y Pagello se echó á reir; me indigné: entonces él se puso á llorar y yo me puse á reir.»

En medio de todas estas pinturas de felicidad doméstica, hay algo como reproches al tormentoso poeta que no sabía amar según Dios manda, á lo Pagello, tranquila, dulcemente.

Sin embargo, á veces, llena de genuina ternura, recuerda cómo ha sufrido por el poeta y le encarece buena conducta con celo cuasi maternal.

Desde su altura de treinta y tantos años escribe al jóven, ya de vuelta en Paris:—«Lo que me hace mal es la idea de que tú no cuides de tu pobre salud. Oh, te lo ruego de rodillas: nada de vino todavía; nada de muchachas. Es muy temprano. Piensa en tu cuerpo, que tiene menos fuerza que tu alma, y que yo he visto muriéndose en mis brazos.»

Estos consejos han debido de enternecer al poeta.

La carta subsiguiente á la en que están las líneas recien trascritas, comienza con una protesta, en frases llenas de cariño y elocuencia.

«No, no, querido mío, estas cartas no son el último apretón de manos de la amante que te dejó, sino el abrazo del hermano que te queda.»

A pesar de todo, ella reafirma la resolución de separarse de él; desea que alguna jóven interese el corazón de Musset.

«Me dices que el aire de la primavera y el olor de las lilas entra en tu cuarto por ráfagas y hace henchir tu corazón de amor y de juventud. Este es un signo de salud y de fuerza, ciertamente el más dulce que la naturaleza nos dá. Ama, pues, mi Alfredo; ama una mujer jóven, bella y que todavia no haya amado: que no haya sufrido aún. Cuídala y no la hagas sufrir. El corazón de una mujer es cosa muy delicada, cuando no es un témpano ó una piedra.»

En cuanto al viejo litigio, ella se adjudica á sí propia la razón. A esto habría que oponer algunos reparos.

Parece ser que al restituirse ella á Paris, comenzó él á importunarla con motivo de los sucesos de Venecia. Ella responde con amargura:

«Con qué derecho me interrogas sobre Venecia? ¿Era yo tuya en Venecia? Desde el primer día, cuando me viste mala ¿no expresaste que era bien triste, bien tedioso, una mujer enferma? ¿Y no es desde el primer dia que data nuestra ruptura? Hijo mío, yo no quiero recriminarte; pero es necesario que te acuerdes de las cosas. Tú olvidas fácilmente los hechos. Nada quiero decir de tus sinrazones; jamás he dicho ni siquiera esta palabra; jamás me he quejado de haber sido arrancada á mis hijos, á mis amigos, á mi trabajo, á mis afecciones y á mis deberes, para ser conducida á trescientas leguas y abandonada con palabras tan ofensivas y tan dolorosas, sin otro motivo que unas tercianas. Así quedé con ojos abatidos y en la tristeza profunda donde me arrojaba tu indiferencia. Jamás me he quejado; te he ocultado mis lágrimas. Estas palabras espantosas han sido pronunciadas por tí cierto día, que no olvidaré nunca, en el casino Danieli: «Jorge, yo me había engañado, te pido perdón, pero *yo no te amo*.»

...La puerta de nuestras habitaciones fué cerrada entre nosotros. Ensayamos allá hacer

nuestra vida de buenos camaradas, como otras veces aquí, pero esto no era posible.

. . . .

Pagello venía á verme y me cuidaba; tú no pensabas apenas en estar celoso; y ciertamente, yo apenas pensaba en amarlo. Pero aun cuando yo lo hubiese amado desde el primer momento, aun cuando me hubiese dado á él desde entonces, ¿quieres tú decirme qué cuentas había yo de rendirte á tí, que me llamabas el hastío personificado, la delirante, la bestia la religiosa, qué sé yo?»

¡Cómo se vé que Jorge Sand blandía á maravilla las armas de la defensa! La corona de espinas, con la cual quieren muchos coronar al poeta, la toma ella para ceñir su propia frente.

El no sincerarse ella, publicando las *Cartas á Musset*, cuando se la inculpaba, abre anchísimo campo á suposiciones ofensivas, justas ó nó.

¿Por qué no se dió á luz esta correspondencia el día en que Pablo, el hermano del poeta, acriminó á Jorge Sand? ¿No son las epístolas concluyentes? ¿Por qué no adujo las tales en su pró?

***

Dice Zola en un magnífico estudio sobre el cantor de *Lucia*:—«No acierto á tratar de Musset con la serena imparcialidad del crítico. Musset ha sido toda mi juventud. Cuando leo una de sus estrofas, me parece que es aquella mi juventud que se despierta y habla.» Acaso nadie con más propiedad que yo, pueda repetir las frases del gran prosador francés. Musset ha llenado mi juventud; toda mi primera juventud. Yo estaba muy jóven; mi hogar se había deshecho al soplo de la desgracia; la suerte me deparaba el vivir en una ciudad del Norte, triste y fría, como mi pobre alma de huérfano. En mis manos cayó un libro de Musset. Desde entonces el poeta me poseyó; sus versos se acordaban muy bien con mis melancolías; en las heladas noches de Diciembre, el espíritu del poeta, encarnado en una extraña visión de la fantasía, se me presentaba como un hermano.

En mi frío gabinete solitario, bajo la lámpara de estudio, una lámpara con pantalla roja, al través de la cual la luz brillaba un poco fantástica como luz de Bengala, yo leía con fruición las tristísimas estrofas de aquella desolada *Noche de Octubre:*

Jours de travail! seuls jours où j'ai vecu!
O trois fois chère solitude!
Dieu soit loué, j'y suis done revenu,
A ce vieux cabinet d'étude!
Pauvre réduit, murs tant de fois deserts,
O mon palais, mon petit univers,
Et toi, Muse, o jeune immortalle,
Dieux soit loué, nous allons donc chanter!

Esta melancolía del gran poeta empapó en un sagrado rocío mi alma, aridecida por el dolor. Acaso en mi afecto por el poeta de *Las Noches*, haya un fondo de gratitud, del cual yo mismo no me doy cuenta.

Cantores vienen; las estéticas pasan; para Musset nunca habrá noche. En medio de la sombra, deslumbraría él como una aurora boreal!

RUFINO B. FOMBONA.

Carácas, Abril 26 de 1898.

EN UN ALBUM

Si oyes decir que la ilusión es fuego
fátuo, que apenas un momento dura,
y que al correr tras ella, el hombre, ciego,
va en pos de una fantástica hermosura;

Si el escéptico afirma que es empeño
vano, buscar la dicha.—y que no alcanza
á comprender la gloria del ensueño,
ni el placer de vivir con esperanza;

Si negase el amor, y te dijera
que todas las ideales afecciones,
las engendra en el alma, una quimera,
fruto de los enfermos corazones;

No lo vayas á creer;—ama y combate,—
que el triunfo es de las almas inocentes;—
los cuerpos son opacos, dijo el vate,
y amarlos, es hacerlos transparentes.

Ten esperanza, si el dolor te hiere;
que la ilusión es como el Sol,—colora
el horizonte de la vida,—y muere
de tédio, aquel que alguna vez no llora.

Ten esperanzas é ilusiones; ama.
Solo la dicha en el amor se anida;
¡que hasta la tierra inerte, con su llama
se siente florecer, vuelve á la vida!

SANTIAGO MACIEL.

Montevideo, Mayo 21 de 1898.

AL FIN SOLO

Yo tengo un pájaro muy garrido llamado Nicolás. Os referiré el origen de su nombre.

En un congreso internacional que convoqué para determinar la especie de ese volátil desconocido, uno de los hombres de ciencia opinó que se trataba de un pájaro *ignicolor*. Una sirvienta que asistia á la reunion dijo:

—«¡Es un Nicolás!»

Luego siguió propagando por la ciudad la creencia de que aquella ave era un Nicolás. El pájaro quedó con ese nombre. «Nicolás».

Así se propagan los errores y mentiras de que viven los hombres.

Como lo vereis por la histo ia verídica que voy á referiros, tampoco era un pájaro *ignicolor*.

Una mañana divisé ese pájaro en mi jardín, reunido con los pinzones y gorriones, con los cuales parecia armonizar muy bien. Era un pajaro admirable, de color amarillo reluciente tamaño del mirlo, con pico agudo y amenazante, la cabeza y cola de un negro aterciopelado, los ojitos rojos como perlitas de coral.

¿De dónde había venido? Hé aquí el misterio.

Por poco que yo supiera de ornitologia, fácil me era deducir que aquel pájaro no era de nuestro país.

A juzgar por su aspecto deslumbrante y.... ¿cómo llamarlo?... —¡*rastaquocrista*!—no había duda de que debia ser extronjero.

Por su familiaridad y apariencia poco huraña, cuando me acerqué al árbol donde estaba posado, deduje que debía ser prófugo de alguna pajarera.

Como la primera idea que tenemos ante una cosa bella y desconocida es la de destruirla, pretendí al principio hacerle un disparo de fusil.

Muy explicable es ese primer impulso en un francés verdaderamente patriota, que todas las mañanas lee con avidez *Le Petit Journal*, y para quien ser extranjero, siquiera se trate de un pájaro, constituye el mayor de los crímenes, ó por lo menos, el más vituperable de los desdoros.

Además deduje que debia ser judío, cuando observé la curva atrevida descrita por su pico.

Sin embargo, los pájaros tienen á este respecto otro modo de pesar, porque entienden el patriotismo á su modo, y aún les son desconocidos los encantos del antisemitismo...

En suma, son personajes poco civilizados. Los de mi jardín recibieron á su huésped si no con amistad, al menos con deferencia, porque le hicieron partícipe de sus regocijo en los castaños y sus festines en las zarzamoras.

Resolví imitar la conducta hospitaria de mis gorriones, y aceptar á aquel extranjero en mi jardín. Qué quereis? ¡Yo no soy un héroe de la pátria!

Cuando el otoño lluvioso y frío se presentó, el pobre Nicolás tornóse friolento, triste y desolado. Los otros pájaros, sus camaradas del verano, ya habían emigrado. Loros, gorriones y golondrinas, todos habian partido. Casi todo el dia permanecía posado en una rama de acacia, abrillantando su plumaje deslustrado con el pico, con su espalda jorobada como los tísicos en los hospicios que parecen acariciar con los rayos de su último sol su próxima agonía.

Congeturé, entonces, que Nicolás era un proscrito de países ardorosos, un pájaro de luz y sol, á quien el invierno mataria ¡el horrible invierno que sacrifica á los pequeños!

Deseoso de procurarle un abrigo durante la pérfida estacion, y á fuerza de astucia y de paciencia, logré capturarlo y lo instalé en una espaciosa jaula lo más confortable posible, y provista de todo lo que corresponde á las necesidades de un pájaro moderno.

Entonces tornóse gozoso y brillante, y se puso á cantar con entusiasmo. ¡Qué canto! Nunca olvidaré la impresion que me produjo aquel canto ronco, gutural y sonoro, que parecia contener algo de flauta, tambor, locomotora y chirridos de las puertas!

Un canto de guerra y de tortura como lo tienen los salvajes del Africa y los antropófagos de Australia; en fin, digámoslo sin reticencia, un canto de negro.

¡De manera que era indubitable que el desgraciado Nicolás no era judio, sino negro!

Durante su reclusion de la jaula, Nicolás se dedicó á construir extraordinarios y complicados monumentos con hilachas de cinta y ramitas, á modo de los arquitectos en la época de nuestra Exposicion.

Los tiempos transcurrieron.

Durante el estio yo instalaba á Nicolás en una espaciosa pajarera donde le colocaba cortezas de encina y matorrales para que mejor fingiera sus ilusiones de las florestas profundas. En invierno volvia á su jaula, donde se dedicaba á la arquitectura y al canto.

En vano seguia yo investigando con los sábios y exploradores del Africa el abolengo de

Nicolás. El principe de Orleans creyó que era un canario constructor.

Ya principiaba yo á creer que Nicolás no debia ser un pájaro sino alguna hada, cuando el general Archinard me informó de que Nicolás pertenecia á la especie de los tejedores, ave originaria del Senegal, donde eran muy apetecidos por su carne suculenta, y mejor aroma que la de los negritos.

Desde que supe la especie á que pertenecia Nicolás, quise darle una compañera á imitacion de Dios con Adan en el paraiso terrenal, si es que debemos creer en las leyendas bíblicas. Despues de mucho buscar una hembra de la especie de Nicolás, recibí una de Anvers. Parecia alegre, bulliciosa, y coqueta á maravilla.

—¡Dichoso Nicolás! decia yo.

Cuando la instalé en la jaula de Nicolás, ví con sorpresa que este manifestó una cólera tal, que su plumaje se erizó y su mirada roja era violenta.

Eran tales los picotazos que la daba, que creí que iba á matarla. La pobre, que sin duda esperaba un recibimiento más afectuoso y efusivo, revoloteaba en la jaula para escapar á las brutalidades de Nicolás, y se destrozaba las alas contra las rejas de la jaula.

Cuando el primer ímpetu de cólera trascurrió, Nicolás tornóse desdeñoso é indiferente; afectaba no verla y le volvia la espalda.

Así permaneció su vida conyugal durante quince días, Ella no se atrevia á moverse y solo con muchos ardides y rodeos comia su mija y su alpiste.

El no cantaba melancólico y triste ó más bien avergonzado, permanecia inmóvil en su estaca, jorobado, y con su plumaje inflado. Se obstinó en no cantar, y cuando ella se le acercaba, le daba un violento picotazo con despótico desden.

Con su mirada roja, cargada de reproches, parecia decirme:

—¡Por mas que quieras, nunca volveré á cantar.....

Me ví obligado á retirar de la jaula á aquella desolada esposa que languidecia notablemente; ya no comia, y se olvidaba de hacer su tocado en el plumaje con el pico, y hasta de su baño cuotidiano.

Hoy me he decidido á decretar ese divorcio. Cuando volví á cerrar la puerta de la jaula y Nicolás comprendió que al fin quedaba solo, prorrumpió en un canto de victoria más extraño, ronco y gutural que nunca.

Entre los giros de su danza y sus revoloteos desordenados, su cancion, que tenia algo de flauta, tambor, locomotora, chirrido de las puertas y desgarramionto de telas, se prolongó bulliciosa hasta la noche...

OCTAVE MIRBEAU.

LA ANÉMONA

Símil

Anémona gentil y sonriënte
que cuando el Sol los cielos arrebola,
al embate del aire intermitente
entreabres tu magnífica corola:

El misterio o enlace de la idea
me lleva con su fuerza soberana
á que en tu sér la exacta imágen vea
de la fecunda inteligencia humana.

¡La inteligencia, anémona sublime
que entreabre su mirífica corola
y su perfume intelectual exprime
cuando á la dulce inspiración tremola!

RAMÓN M. PEREZ.

Florida, Mayo 21 de 1898.

En primavera

Estaban juntas, y salió la niña. Fuese á la calle con su traje humilde; negros los ojos, bellos y risueños, su pelo rubio y sus labios rosas....

Regresó á su hogar la incomparable ninfa, y al notarla su adorada madre, desgreñados sus lindos bucles, preguntóla:

—¿Qué tienes, hija mía?

—Madre querida! no tengo nada.

—

Salió otra vez la niña, la pobre niña de los ojos bellos, y al regresar, interrogóla su amante madre:

—¿Por qué tienes, mi amor, los ojos encendidos?

—Por nada, madre mía.

—

Volvió á la calle la BELLA de los lábios rosas, y, triste, muy triste, regresó á su hogar, y la idolatrada madre la interpeló:

—¿Por qué tienes, mi cielo, los lábios encarnados?

—Por nada, madre mía.

—

Mas luego feneció la niña, dejando escrito al márgen de su libro de oraciones:

Madre! Cuando tuve los bucles desgreñados fué porque un desengaño yo sufrí;

Cuando llegué ante tí con los ojos encendidos, fué, madre, por que AMOR tocóme las pupilas;

Y, al presentarme con los labios encarnados, fué porqué el afecto tocóme el corazón, desde luego madre, que la pasión es el ideal sublime de la vida.

PABLO A. ORTEGA.

Mayo 21 de 1898.

La rosa, el césped y la adelfa

A cierta blanca rosa
que el césped circundó desde su cuna
y alzábase modesta y venturosa,
una adelfa envidiosa
por la suerte de aquel y su fortuna,
de este modo decía:
—¿Por qué esa planta vil y despreciada
de tu lado no arrojas,
tú, cuyas galas ilumina el dia
y recibes fragancia en la alborada
con ese llanto que bañó tus hojas? ..
¿No ves cómo pretende
ocultar tu magnífica belleza
que el rubor nunca enciende
pues no le dió rival Naturaleza?...
Aparta ese vil césped de tu lado
que tu honor y tu mérito lo exigen,
y déjalo morir abandonado
cual lo merece por su bajo orígen!
De la adelfa rastrera
con pesar la palabra oyó la rosa,
y alzándose en su tallo más hermosa
le contestó severa:
—Nunca al de humilde condición, si es bueno
despreciará la reina de las flores,
que á veces puede, quien nació en el cieno,
mostrarse agradecido á los favores
de la que abrióle con amor su seno.
Quede eso para el déspota insolente
por grandeza falaz envanecido...
Para tí, que por mala, indiferente,
existes condenada á eterno olvido.
Nunca pudo el orgullo
hacerme levantar la frente ufana...
En mi cariño yo lo mismo arrullo
á la flor y á la yerba, que es mi hermana.
Muy pronto moriré!... todo perece!...
y cuando llegue mi postrera hora
humilde el césped que á mi lado crece
me llorará en la tumba con la aurora!
La adelfa despechada
por el trato que dióse á su perfidia,
no contestó, doblando con envidia
su faz desmejorada.
Y el césped, con anhelo,
á la rosa mostró su amor sentido,
llorando agradecido
y dirigiendo una plegaria al cielo!
Y cuentan que ese llanto
de gratitud tributo hácia la rosa,
hizo que ésta pudiera, sin quebranto,
vivir más tiempo, fresca y olorosa,
y cuando al fin, del sol á los rigores
cayó abatida y mústia,
de entre todas las flores
ninguna la lloró con más angustia,
y llevando al extremo su constancia
se dice, que absorbiendo la fragancia
de la flor protectora,
de aquella flor que la piedad reasume,
embalsamó el ambiente su perfume
por largo tiempo, al despertar la aurora!

RICARDO SANCHEZ.

Montevideo, Mayo 21 de 1898.

EL HIJO PRÓDIGO DE Mr. THOMPSON

Todos sabíamos que Mr. Thompson andaba en busca de su hijo, y por cierto que era éste buena pieza.

No fué un secreto para sus compañeros de viaje, que venia á California con este único objeto. Con claridad sin igual y voluble franqueza, nos puso el padre al corriente así de las particularidades físicas, como de las flaquezas morales del ausente hijo pródigo.

—¿Hablábais de un jóven que ahorcaron en Rad-Dog por robar un filón?—decía un dia Mr. Thompson á un pasajero de cubierta.—¿Recordais el color de sus ojos?

—Negros—contestó el pasajero.

—¡Ah!—dijo Mr. Thompson, como quien consulta un memorandum mental—los ojos de Carlos eran azules.

Y se alejaba en seguida. Sea por tan poco

simpático sistema de pesquisas ó por aquella predisposición del Oeste, á tomar en broma cualquier principio ó sentimiento que se exhiba con sobrada persistencia, las investigaciones de Mr. Thompson sobre el particular despertaron el buen humor de los pasajeros.

Un anuncio gratuito sobre el ignorado Carlos, dirigido á *carceleros y guardianes*, circulóse privadamente entre ellos, y todo el mundo recordó haber visto á Carlos en circunstancias dolorosas, pero en favor de mis paisanos debo confesar que, cuando se supo que Thompson destinaba una fuerte suma á su quimérico proyecto, solo en voz baja siguieron las bromas y nada se dijo, mientras él pudo oirlo, que fuera capaz de acongojar el corazón de un padre, ó bien de poner en peligro el provecho que podían esperar los bromistas de mala ley. La jocosa proposición de mister Bracey Tibbets de constituir una compañía en comandita, con el objeto de hallar al extraviado jóven, obtuvo en principio un sério apoyo.

Superficialmente considerado, el carácter de Mr. Thompson no era pintoresco ni amable. Su historia, tal como él mismo nos la comunicó un dia en la mesa, era práctica aun en medio de sus extravagancias. Después de una juventud y edad madura ásperas y voluntariosas—durante las cuales había enterrado á disgustos á su esposa, y obligado á embarcarse á su hijo—experimentó de repente una vocación religiosa.

—La cogí en Nueva Orleans el año 59—nos dijo mister Thompson como quien se refiere á una epidemia.—Pasadme los guisantes!

Quizás este temperamento práctico fué el que le sostuvo en su indagación aparentemente infructuosa. No tenia indicio alguno del paradero de su fugitivo hijo, ni mucho menos pruebas de su existencia. Con el confuso y vago recuerdo de un niño de doce años, esperaba ahora identificar al hombre de veinticinco.

Parece que lo consiguió. Cómo se salió con la suya, era una de las pocas cosas que no contaba. Creo que hay dos versiones del suceso. Según una de ellas Mr. Thompson, visitando un hospital descubrió á su hijo, gracias á un canto particular, que entonaba un enfermo delirante soñando en su niñez. Esta versión, dando como daba ancho campo á los más delicados sentimientos del corazón, se hizo muy popular, y narrada por el reverendo Mr. Gushington al regreso de su excursión de California, jamás dejó de satisfacer al auditorio. La otra menos sencilla, es la que yo adoptaré aquí, y por lo tanto debo relatarla minuciosamente.

Era después que Mr. Thompson desistió de buscar á su hijo entre el número de los vivos y se dedicaba al exámen de los cementerios y á inspeccionar cuidadosamente los «frios *hic jacet* de los muertos.» En esta época visitaba con cuidado la «Montaña aislada», lúgubre cima, bastante árida ya en su aislamiento original, y que parece más árida aún por los blancuzcos mármoles con que San Francisco da puerto á los que fueron sus ciudadanos, y les proteje de un viento furioso y persistente, que se empeña en esparcir sus restos, reteniéndoles bajo la movediza arena que rehusa cubrirlos. Contra este viento el viejo oponía una voluntad no menos persistente. Con su cabeza dura y gris, cubierta por un alto sombrero enlutado, hundido hasta las cejas, se pasaba los dias leyendo en alta voz las inscripciones mortuorias. La frecuencia de citas de las Santas Escrituras le gustaba, y se complacía en corroborarlas con una Biblia de bolsillo.

—Aquella es de los salmos—dijo un dia al cercano enterrador.

El hombre no contestó.

Sin inmutarse en lo más mínimo, mister Thompson se deslizó en la abierta fosa, entablando un interrogatorio más práctico.

—¿Habeis tropezado alguna vez en vuestra profesión con un tal Carlos Thompson?

—¡El diablo se lleve á Thompson!—replicó el enterrador secamente.

—Si no tenia religión creo que ya lo habrá hecho—respondió el viejo trepando fuera de la tumba.

Esto dió quizás ocasión á que Mr. Thompson se demorara más tiempo del acostumbrado. Al volver de frente hácia la ciudad, principiaron á brillar ante él las luces, y un viento

Flores uruguayas

impetuoso que la neblina hacía visible, ya le impelía hácia adelante, ya como puesto en acecho, se atacaba enfadosamente desde las esquinas de las desiertas calles de las afueras. En uno de estos recodos otra cosa no menos indefinida y malévola, se arrojó sobre él con una blasfemia, encarándole una pistola y requiriéndole el bolsillo. pero se encontró con una voluntad de hierro y una muñeca de acero: agresor y agredido rodaron juntos por el suelo; en el mismo instante el viejo se irguió, cogiendo con una mano la pistola que arrebatara y con la otra sujetando con el brazo tendido la garganta de un jóven de hosco y salvaje semblante.

—Jóven,—dijo Mr. Thompson apretando sus delgados lábios.—¿Cuál es vuestro nombre?

—Thompson!

La mano del anciano resbaló desde la garganta al brazo de su prisionero, aunque sin disminuir la presión.

—Carlos Thompson, ven conmigo —dijo luego.

Y se llevó á su cautivo al hotel.

Lo que tuvo lugar allí no ha trascendido fuera, pero á la mañana siguiente se supo que Mr. Thompson había encontrado á su hijo.

A la anterior narración inverosímil, debe añadirse que nada había que la justificase, ni en la apariencia ni en los modales del jóven. Grave, reservado y hermoso, entregado en cuerpo y alma á su recien hallado padre, aceptó los beneficios y responsabilidades de su nueva condición con cierto aire sério que

se asemejaba al que hacía falta á la sociedad de San Francisco y que ella... rechazaba. Algunos quisieron despreciar esta cualidad como una tendencia á «cantar salmos»; otros vieron en esto las cualidades heredadas del padre y estaban dispuestos á profetizar para el hijo la misma dura vejez; mas todos convinieron en que era compatible con los hábitos de hacer dinero, por los cuales padre é hijo eran respetados.

Y, sin embargo, el anciano parecía que no era feliz.

BRET HARTE.

(Continuará).

SU VOZ

Cuando su vóz de silfide,
sensible, arrulladora,
se siente bienhechora
dulcísima vibrar,
yo siento una magnética
corriente indescriptible,
que rápida y tangible
mi cuerpo hace temblar.

Acentos adorables
que forman su atributo:
podéis en un minuto
llenarme de placer;
porque con tal encanto
lanzáis vuestros gorgeos,
que locos devaneos
mi mente hacen arder.

Pero ¡ay! cuando con calma
cantáis la desventura,
la queja y la amargura
despiertan mi sentir;
porque tan honda pena
ponéis en vuestro canto,
que quien no vierte llanto,
nunca aprendió á sufrir.

¡Sublimes emociones!
¡Espléndidos cantares!
¡Chasquidos singulares
de su virgínea voz!
Yo escribo unas palabras
que nada significan
porque el vigor no explican
de mi delectación.

¡Oh dicha incomparable!...
Ya siento unas escalas
que cual sutiles alas
se elevan á lo azul!...
Es ella la que pulsa
las cuerdas, extasiada;
no sé ya escribir nada:
¡perdona, mi laúd!

VICENTE MAGALLANES.

Montevideo, Mayo 18 de 1898.

VIDA SOCIAL

El lunes tuvo lugar la consagración religiosa de la bella y airosa Cora Paullier con el caballero Víctor M. Castro.

El templo elegantemente adornado, rebozaba distinguida concurrencia. Vimos allí reunidas á las familias de Berro, Gutierrez, Brito del Pino, Hámilton, Brizuela, Del Castillo, Peluffo, Castro Paullier, Roustan y otras.

—La jóven señora Francisca Belgrano de Vaeza Ocampo se encuentra bastante mejorada de la dolencia que le aquejaba.

—Una gentil y amante pareja, Eduardo Brito del Pino y Josefina Ci'ils La ravide enlazarán para siempre sus nombres el próximo Junio.

¡Que la hada misteriosa de la dicha cobije siempre tan venturoso hogar!!

—Los diarios de Córdoba traen la noticia del triste desenlace de un dulce idilio de amor fatalmente terminado por la implacable visión pálida, cuando recién debía empezar.

El señor Eduardo Heredia y la señorita Matilde Iriarte acababan de recibir la consagración religiosa. Terminada ésta, inicióse un baile lleno de los atractivos de tan simpática fiesta.

Juntos bailaban los noveles esposos, cuando instantáneamente cayó muerto el nóvio, víctima de un ataque fulminante.

Momentos después el salón de la fiesta era convertido en capilla ardiente, y los negros crespones del dolor sin consuelo, de las tristezas infinitas, reemplazaron á los blancos tules de la jóven desposada, tan blancos como sus santas ilusiones de novia.

—El Conservatorio Musical «La Lira» ofrece mañana á sus distinguidos asociados, una interesante velada musical.

Cuenta para el efecto con valiosos números de sus más aventajados discípulos.

Mis llaves

I

Esta llave dorada, es la alegría,
la esperanza, el candor...!
Es de la caja que guardó María,
cartas y versos de mi ardiente amor.

II

Esta gótica llave es el testigo
de una dicha sin par;
es del armário en que guardó conmigo
prendas y joyas del deshecho hogar.

III

Esta llave de hierro es la que encierra
mi fé, mi juventud;
guarda el tesoro que adoré en la tierra;
es de una caja negra... ¡su ataud!

. . . .

Cada llave es de suyo misteriosa.
Ella me las dejó
para que alguna mano cariñosa
las arroje á la fosa
donde el último sueño duerma yo!

R. S.

De mis páginas íntimas

6 de Septiembre 9 p. m.

¡Para tí, mi..... son todos mis pensamientos queridos!!

Aún á la distancia inmensa que nos encontramos—mitigas todos mis sufrimientos—y mi cariño, este cariño grandioso que á tí consagro hace que por tí—sólo por tí, todo lo sufra y olvide.... ¡Estoy triste, muy triste!! En las intimidades de mi alma se cierne la noche.... y levanto oraciones á mi Dios que son suspiros y lamentos!!

¡Luchar y siempre luchar es condición de la existencia....

¡¡Cuánto hay que remar para pasar la orilla!!! ...

Pensamientos agenos

EL AMOR

El amor es el calor inagotable que rejuvenece á los séres, les hace florecer y les reviste de esperanza: es el atractivo inseparable de todo signo de perfección. El amor bien sentido supone el gusto de lo que es bello, de lo que es honrado, sincero y generoso.

=

Un día preguntóse á una mujer de talento en que consistía el amor. Para el hombre respondió, es una inquietud—para la mujer es la existencia. Así con frecuencia el amor dá á la mujer el talento que le falta, mientras que hace perder al hombre el que tiene.

=

La alegría de las alegrías—el delirio de los delirios—la joya de las joyas—la embriaguez de las embriagueces—el tesoro de los tesoros—el infinito de los infinitos—es siempre el amor.

—

En los jóvenes, el amor, es el sentimiento más bello, hace que la vida florezca en el alma, desarrolla con su potencia solar las inspiraciones más bellas y los pensamientos más grandiosos.

—

El amor crea en la mujer, una mujer nueva—la de la víspera ya no existe al día siguiente.

—

Esa pasion divina hace que el mundo se mantenga siempre fresco y joven. Es la melodía perpétua de la humanidad, difunde esplendor sobre la juventud, y aún á la vejez la circunda con una aureola, glorifica el presente con la luz que derrama en nosotros, é ilumina el futuro con los rayos que proyecta entre sí. El amor producido por la estimación y la admiración no puede menos de elevar y purificar el carácter; tiende á librarnos de la esclavitud del amor propio, es incapaz de pensamientos bajos y solo es premio para sí mismo. Inspira bondad, simpatía, fé mútua y confianza.

—

No faltan nunca á las horas de verse los que se aman con fé.

—

Antes de amar no se ha vivido todavía; cuando se deja de amar no se vive ya.

—

El hombre de espíritu no contradice nunca; una mujer espiritual no hace nada más á gusto que contradecir.

SIEMPREVIVA.

EL ANTIFAZ

A Luis Provens (hijo)

Enrique y Clara se amaban con todo el entusíasmo juvenil de los veinte años. Cuando él le juraba amor, ella sonreía reclinando su rubia cabecita sobre sus hombros, y entornando sus negros ojos, creía firmemente cuanto En-

rique la decía, sintiéndose dichosa al verse tan amada por el hombre en quien depositara todo su cariño y su buena fé.

Y á la hora en que el sol ocultándose daba tintas de oro á la ciudad, que se adormecía como cansada del ruido y del trajín del día, él acudía á la cita amorosa. Hacíanse juramentos de amor, forjábanse venturosas ilusiones de risueño porvenir, viéndose uno dueño del otro, unidos por los estrechos lazos del cariño.

Llegó un día en que Enrique, cumpliendo su más formal promesa, la llevó al altar, en donde pronunciando ambos el anhelado *sí*, fundieron sus dos almas en una.

La luna de miel fué pasada por la jóven pareja en una quinta de los suburbios de la ciudad. Allí bajo el follaje umbrío, sentados ambos en rústico banco de piedra, sin más testigos que los indiscretos pajarillos que saltaban cerca de ellos, cantando alegres, susurrándose al oido palabras tiernas. Se creían los más felices de los mortales.

Pero, pocó á poco, el carácter de Enrique cambió. Tornóse frívolo para con su Clara, todo le causaba hastio, y los placeres más exquisitos y las más dulces caricias lo aburrían. Empezó á mostrarse huraño, concluyendo por desdeñar los mimos y las caricias con que Clara intentaba agradar á su maridito creyéndolo enfermo.

Sin embargo, la enfermedad de Enrique, incurable por este amoroso procedimiento, se aplacaba con las caricias y los devaneos de sus amantes, con quienes empezó á darse, dedicándoles desde entonces su amor, su tiempo y su dinero.

Y desde que adoptó este método de vida desarreglada é infame, declaró lucha franca á su esposa. Trasnochador, retirábase á su hogar cuando los primeros rayos del sol naciente doraban los altos campanarios de las iglesias de la ciudad. Desoía los sanos consejos de Clara, y cuando en un momento de sana reflexión prometióle enmendarse, violaba poco después sus juramentos volviendo al lado de sus queridas.

Clara, durante las primeras noches de infidelidad, lo esperaba despierta, entretenida con la costura, consultando amenudo, ansiosa, el reloj, hasta que sus ojos se iban cerrando, obligados por el sueño, ese eterno aliado del cansancio. Después, más resignada con su suerte, se acostaba, despertando sobresaltada al más leve ruido de la puerta de su habitación, sacudida por el viento, esperando siempre el regreso de su Enrique.

Por último, acabó por habituarse á la vida desarreglada y perdida que su marido le daba, pero sin protestar, resignándose al ver lo imposible que le era convencerlo de que debía volver á la vida tranquila de su hogar.

Sufriendo día á día terribles desengaños, pasaba resignada, en apariencia, con su martirio. Viendo acercarse el Carnaval y con él la ocasión más propicia para vengarse, quiso darle una broma que pudiera volverlo bueno.

El primer domingo pensó que valiéndose del antifaz, podía asistir al baile de máscaras al cual sabía que no faltaría su marido y que una vez allí vería ella el mejor modo posible de darle el chasco que debia servirle de provechosa lección.

Y decidida á ello, ya no pensó más que en ponerlo en práctica y recoger sus frutos, fueran ellos buenos ó malos.

El disfraz, ese traje chabacano que á tantas almas encubre, al amparo del cual tantas fechorías se cometen; ese ropaje que impone alegría y miedo, al propio tiempo, á las criaturas que lo usan y á las que lo observan llenas de espanto, ya se trate de extraños y horribles disfraces, ó ya de la imágen de la inefable alegría,—de la cual es fiel espejo una faz sonrosada que dibuja el más vivo contento,—con ese traje, al amparo del cual tantas iniquidades se cometen, iba Clara á desempeñar, en la obra que se proponía llevar á cabo, el principal papel. Con él asistiría al baile de máscaras que se efectuaría en Solís, y una vez allí fraguaría el plan, que, tal vez, devolvería la felicidad á un hogar triste y desolado.

La espaciosa sala de Solís se hallaba llena de concurrencia, resplandeciente de luz y alegría, luciendo las damas, allí presentes, extraños, extravagantes, y alegres trajes de disfraz.

El cuadro tenía sorprendente animación y vida.

Múltiples parejas paseaban por la sala, alegres y dicharacheras, cuchicheándose al oido palabras llenas de intención, en tanto que otras se dirigian al foyer por los pasillos, llenos de gente alegre que charlaba en alta voz de cosas nimias.

En la sala estaba Clara del brazo de su marido, paseándose. Su cara, cubierta por un antifaz, estaba encendida de vergüenza al verse ella entre tantas mujerzuelas, entre tantos truhanes.

Enrique estaba enamoradísimo de su compañera; seguro de que su rostro había de ser tan agradable y tan simpático como su conversación, llena de sátira. Al mismo tiempo lo intrigaban los profundos conocimientos que demostraba su compañera, de su vida íntima, y quería á todo trance que esta se quitara el antifaz que cubría el angelical rostro que él se sospechaba. Clara, resistiéndose á sacarlo, se hacía cada vez más interesante á los ojos de Enrique, y este se mostraba cada vez más enamorado, dirigiéndole palabras llenas de fuego, haciéndole juramentos de amor eterno.

Clara, en vez de contestar con palabras de amor, le daba consejos que él le prometió cumplir si ella aceptaba su cariño, pues, á su juicio, ninguno encontró mujer más encantadora.

Y así en amorosa y provechosa plática, estuvieron hasta que se tocó la cuadrilla final, terminada la cual ella dejo caer su antifaz, iluminándole de lleno el rostro, un quinqué del tocador.

. . . .

Ha pasado un año. El Carnaval volvió con sus eternas máscaras, con sus adornos llamativos.

Clara y Enrique llenos de amor, recuerdan el pasado y juran amarse siempre, eternamente.

Enrique está convencido de que no hay amor como el puro, santo y desinteresado de su hogar tranquilo y risueño.

EDUARDO LOPEZ LABANDERA.

Montevideo, Mayo 21 de 1898.

EN UN ALBUM

¿Qué es la mortal belleza sin la eterna
Belleza de las almas?
Flor de raros matices sin perfume,
Ave de raras plumas que no canta!

Luz de infecundo brillo
Que sin calor se apaga!
Acude á su fulgor el peregrino
Pero si hiela y pasa...

Tú, en cuyo rostro virginal, Mercedes,
Que ilumina la cándida mirada
De tímida gacela,
Las dos bellezas con amor se hermanan.

Todo ello es dón celeste!
Esos encantos guarda,
Pero sè más celosa de la eterna,
De la beldad del alma que no pasa.

Hoy con ella compensas á tus padres
Deudas que no se pagan,
Como el perfume de la flor oculta
En torno á ti se esparcirá mañana.

Y será como luz que fecundante
El cielo alegra, las tinieblas rasga,
Algún día verán cómo á sus rayos,
Un viajero su hogar tiende y descansa!

LUIS PIÑEYRO DEL CAMPO.

Montevideo, Mayo de 1898.

LA FALTA DE TRABAJO

LA MISERIA PÚBLICA

CUADROS VIVOS

I

Desde la abierta ventana podía observarse la suave falda de la colina en cuya cumbre se ostenta la vieja ermita, el enano campanario y la simpática palmera. El sol del medio día caldeaba la atmósfera y pocas personas transitaban por el lugar.

Arrellanados en cómodas *mecedoras*, departíamos amigablemente acerca de las sucesos pasados, de la situación presente y de las brumas con que se columbra velado el porvenir. Nuestra plática, si bien interesante era interrumpida á ratos por meditación involuntaria en que el espíritu se fija en los males sociales, duélese de ellos é inquiere su alivio, ya que no su completa extirpación.

—Conque usted ha observado todo eso, dijo mi amigo.

—Sí, le repliqué, nuestra ocupación de periodistas por una parte, y el deber de ciudadanos por otra, nos exige investigar el daño público, doquiera se halle, y reclamar el remedio ante quien convenga, en el tono que proceda y sin medir las más veces, temp'anas

ó tardías consecuencias. La salud del pueblo, de la nación, así lo demandan, y el que no quiera ó no pueda cumplir su ministerio, arroje en buena hora la pluma, ariete formidable, espada flamigera que debe esgrimirse en contra de los despotismos, de los abusos y de los errores que abaten los principios, que conculcan las garantías y que perjudican los intereses. Yo he descendido del centro al suburbio y subido del suburbio al centro, para ver de cerca, en todas las esferas, este malestar que á todos angustia, esta situación económica actual, que como pulpo gigantesco alarga sus tentáculos y chupa con avidez la riqueza, la sávia, la sangre y hasta las miserias del país. Pero de estas investigaciones nace algo muy desconsolador y nace una especie de desaliento que es necesario fortificar con el patriotismo. porque si se cae en la atonía abrumadora, los males echarán hondas raices, y entonces ¿quiénes serán los que en esta época de pasiones, de mezquindades y de lucro ciego, luchen por salvar á los más, á los de abajo, á los que soportan las consecuencias de los grandes defectos, debilidades y complacencias de los de arriba? Oíd lo que pasa.

***

—¡Hola, — maestro, — dije en días pasados en el suburbio, á un fornido herrero que golpeaba sobre el yunque: mucho se trabaja y adelanta?

—Mi querido señor y amigo respondióme el conocido artesano dejando caer al suelo su pesado martillo: los tiempos están tristes y negros como la noche: la pobreza es mucha, el trabajo poco, los operarios están de más porque ya no corren tantos carros por estos puntos como antes; de modo que casi *nada cae* y apenas hay lo necesario para no morirse de hambre, Vea usted en su periódico qué hace por nosotros.

***

—¿Cómo, vació el taller, maestro Juan? Y los operarios ¿andan acaso de *juerga*?

—Más valdría que así fuese, contestóme el honrado carpintero: es la situación, la falta de *qué hacer*, lo que me ha obligado á despedirlos. Con un solo ayudante y mi aprendiz basta y sobra para los pocos encargos. Recuerda usted —señor *Radamés*—mi humilde taller hace poco menos de dos años? ¡Cuánto operario (seis por lo menos) cuánto trabajo, ruido y ganancias! Ahora, nada.... el silencio de la muerte y la carestía acabando con nuestras fuerzas. Pero ustedes no se olvidarán de nosotros aunque lluevan rayós; mas.... cuidadito *niños*, porque aun cuando dicen que hay mucha libertad, yo.... no lo creo tanto.

***

Más adelante está el zapatero; solo en su taller, cabizbajo, meditabundo, inclinado sobre la obra ó como dijo uno en cierta ocasión amarga: «apegado al tornillo del tormento». Aquí también la misma dolorosa queja: falta de trabajo (consumo), carestía de materiales y sobre todo de artículos de subsistencia Se hace lo que se puede—dijo el buen hombre—para mantener estos cuerpos miserables (el propio y el de sus hijos.) Pero no faltará quien vele por nosotros. (El que está arriba en primer término, murmuré para mi coleto: El no es egoista sino misericordioso).

***

Sentado á la puerta de su humilde vivienda está el maestro albañil, el cual me manifestó estar en disposición de *largarse* á otra parte luego, porque las edificaciones faltan ó muchas están en suspenso. y en las que hay ocupación no puede él trabajar como *media cuchara*, cuando es *maestro* conocido por los cuatro rumbos y los cuatro costados.

***

Las comadres del barrio se lamentan y ponen el grito en el cielo, porque *sus hombre*, no ganan nada, ó muy poco: el pan *ya no se ve* y la carne no se come, por la sencilla razón de que está tan *requetecara*, que se ha quedado para los ricos y los huesos para sus perros, y el pobre come lo que halla, y en último caso *embuchará macuyes* y *verdolagas*.

***

—Aquí tiene usted—dije á mi amigo—la situación del arrabal, del pueblo que sufre y espera con resignación. Y tiene derecho á esperar, y su reclamo será escuchado, porque el periodista que lo quiere con desinterés, y con él siente sus miserias y trabajos, no reconocerá más límites que la ley y el derecho ajeno, y por lo demás poco le importa saber dónde está el peligro, el esbirro ó el presidio, puesto que la causa del pueblo es sagrada, es la de la justicia, que á todo trance se debe mantener y honrar.

Cuando esto decía, varios hombres llegaron á la falda de la colina y se echaron en ella bajo los rayos del sol. Ved—dijo mi amigos la vagancia—otro grave mal.

—Cierto—agregué yo; pero esos hombres que allí véis, quizás son obreros que carecen de ocupación. Por su bien, por el de sus familias empeñémonos en su favor. Así lo reclaman el deber propio y la moral y el bienestar social.

RADAMÉS.

Montevideo, Mayo 21 de 1898.

Amores viejos

Ambos en el diván. Breves las horas.
Lenguas de gas vibrando en las arañas.
Tibio el salón. Tus ojos como auroras
entre la obscuridad de tus pestañas!

Frases rápidas. Pláticas vulgares
como profanación de tu belleza,
hablando lo que se habla en los hogares
cuando mientras uno habla otro bosteza...

Por fin, como un paréntesis, con suave
y dulcísima voz mi afán preguntas:
—Quiero—te digo—descubrir la clave
de todas tus pasiones ya difuntas.

¿Dices que no has amado? Te lo creo:
eres mujer al fin y mi Dios eres;
y desde que dejé de ser ateo
voy creyéndoles más á las mujeres!

Soy tu primer amor. Tú me lo juras;
y algo, que me lo afirma, en tu alma llevas;
conozco que son nuevas tus ternuras,
nuevas tus ánsias y tus dichas nuevas..

En cambio, pecador arrepentido,
yo te confieso mis amores muertos:
mi rumbo era hácia tí, pero he tenido
que ir en el viaje visitando puertos...

He llegado por fin! Abre los brazos
y olvida la tardanza del viajero...
Te doy un corazón hecho pedazos:
vé modos tú de conservarlo entero!

No temas que retorne yo la vista
hácia esos muertos, no, vuelve á tu calma,
Tú pasarás con paso de conquista
por sobre los cadáveres de mi alma!

Ellos mismos, despiertos á tu paso,
viéndote como al Dios de mi Universo,
con vivo afán te aclamarán acaso:
—*Pía, félice, Emperatriz del Verso!*

¿Qué me dices?—Variándolo de tono,
lo que dijo Jesús decir te escucho:
¡Qué ternura! ¡Qué gloria!
—*Te perdono*
no porque amaste, porque me amas mucho!

JOSÉ S. CHOCANO.

Lima (Perú), Abril 25 de 1898.

UNA VENGANZA

(Cuadro de costumbres criollas)

(CONTINUACIÓN)

El pericón había terminado; muchos paisanos salieron al patio con objeto de aspirar aire fresco; el juez, rodeado de algunos salió también. Leoncio que lo esperaba aunque sin ningún plan preconcebido, se acercó al grupo en que estaba su odiado enemigo, y con aire resuelto dijo:

—Con permiso, señores, tengo *de* hablar á solas con don Juan.

Todos se retiraron.

—Qué se le ofrece, amigo? dijo el juez con aire protector; ¿le ha *resfriao* por lo que le endilgué en la sala? pues si es eso... tomar quina que es muy buena *medecina*.

—Sí es eso, respondió Leoncio pálido de coraje, sí, eso, y *dispués* otra cosa más...

—Oigale! conque hay más *entoavia*?

—Sí, pero no necesito recordártela... Soy Leoncio Cané, el hermano de Martina, que te viene á arreglar la cuenta...

—Y te *atrevés*, guacho, á hablarme de esa manera? ¿no *sabés* quién soy yo?

—Sí, sé que sós el gáucho más trompeta y el más desgraciao cuando no tenés quien te ayude, mulita!

Juan Chumbo se lanzó sobre Leoncio, con objeto de darle una bofetada, pero este lo esperaba apercibido y rechazándolo vigorosamente le dijo:

—No por mucho madrugar amanece más temprano; vení allí abajo de aquel ombú... si sós hombre.

—Ah! sotreta, me la has de pagar tuitas juntas, como la perra de tu hermana...

—Dejá en paz á los muertos y rogá al diablo por tu alma perversa.

Ambos eran fuertes y diestros; á la luz de la luna brillaban con fulgores siniestros los

acercs qué desenvainaron con ligereza, y ambos se atacaban con furor.

—Me la vas á pagar, maldito, decia el juez tirando á su contrario una terrible estocada que este paró hábilmente.

—Espérate á que te pinte un barbijo y dispués...

Y al mismo tiempo que esto decía, trazó en la cara de su antagonista un chirlo que la cruzaba desde la frente hasta la barba.

Lanzó el juez un rugido como una fiera al sentirse herido, y se lanzó con tal furia sobre el indiecito, que este tuvo que dar un salto hácia atrás, y recogiéndose sobre las puntas de los piés, extendió el brazo, alcanzando á herir profundamente en el costado derecho á Juan Chumbo, que cayó de bruces sin decir una palabra.

Leoncio lo contempló un momento, sonriendo de siniestra manera y dándole desdeñosamente con el pié, le volvió la espalda diciendo:

— Padres mi s, Martin a! ya quedamos á mano.

Y dirigiéndose rápidamente al lugar donde se encontraba su caballo, montó en él con presteza, y partió al galope haciendo resonar los cascos de su vigoroso corcel, sobre el duro suelo de la cuchilla.

II

Ha transcurrido algún tiempo, desde la noche aquella, en que Leoncio dejó tendido en el suelo, atravesado el pecho de una puñalada, al verdugo de su familia.

La guerra civil que terminó en 1872, con el tratado de Abril, y que tantos perjuicios acarreó á la República, se hallaba en todo su apogeo.

Las fuerzas revolucionarias en número de once mil hombres, mandados por el general don Timoteo Aparicio, después de aquella famosa carga de cuatro mil hombres de caballería, sobre los cuadros del general don Gregorio Suarez en el Sauce, habían sufrido un nuevo y terrible desastre en Manantiales, donde fué muerto el general Anacleto Medina de execrable memoria. Retiráronse no en muy buen órden, y sin sufrir persecución tenaz como era de esperarse, á causa de las fangosidades del terreno, y de que las tropas legales no tenían caballada suficiente para el efecto.

El campo quedó cubierto de cadáveres y heridos, por el incesante fuego de seis horas de combate, en donde se hicieron prodigios de valor por ambas partes.

Américo S. MANCEBO.

(Continuará).

PASO AL IDEAL...

¿Quieres saber quién soy?... Y tu pupila
que lanza chispas de color de gualda
se fija en mi pupila azul, tranquila,
mientras ondean los rizos á tu espalda.

Serena la pupila; mas, si agita
el turbión pasional el alma fuerte,
junto á los lábios la pupila grita:
¡Paso al ideal! ¡ó libertad ó muerte!

¿Quieres saber quién soy? Pide al desierto
las voces de sus grandes soledades;
y al león, al pueblo que parece muerto,
sus ánsias de infinitas libertades.

¿Quién soy? Escúchame. Ave encadenada
que bate contra el hierro el ala fuerte,
y clama, oyendo cantos de alborada:
¡Paso al ideal! ¡ó libertad ó muerte!

Yo sé: yo siento que rompiendo un día
la cárcel cruel que mis anhelos cierra,
he de llenar con cantos de harmonia
los vastos horizontes de la tierra.

Yo sé que más allá del pátrio nido
luchan por el derecho del más fuerte;
y que más que una enseña es alarido
el grito audaz ¡O libertad ó muerte!

Yo tengo la potencia del pampero
en los nuevos ideales de mi mente,
y yo puedo incendiar al mundo entero,
con una chispa del ideal fulgente!

¡Rompa los hierros de la cárcel mia,
remonte en el espacio el ala fuerte,
y embriagado de azul, en fausto dia,
vuele el ideal ¡ó libertad ó muerte!

Francisco C. ARATTA.

Montevideo, Mayo 21 de 1898.

UNA CITA

(Conclusión)

Retrocedo entonces y me dirijo en busca de la salida; ¡zás! me encuentro con el enfurecido viejo que me sigue. Sin darle tiempo para nada, le doy un mojicon, subo la escala, llego al pasadizo y, cuando ya me consideraba libre para escapar hácia la calle, héme en un nuevo conflicto: un personaje grande y mofletudo me intercepta el paso y me echa guante del veston--de un bolsillo el que por fortuna quedó en sus manos.

Logro por fin salir todo descuartizado; corro en busca de un coche; oigo que tras de mi gritan: «¡el ladrón! ¡el loco!» Corro más; llego donde hay un tumulto de gente examinando el cuerpo de un infeliz á quien habia atropellado un tranvia; me cuelo por el medio y logro así meterme á un coche que me condujo á mi casa.

Con un fenomenal *chichon* en la cabeza, con media pantorrilla comida por un perro, sin sombrero, con mi ropa hecha girones, rendido de tanto correr por esas calles de Dios--librando bien que no fui tomado preso.--y medio loco de vengüenza, me eché á la cama y me puse á meditar sobre mi aventura.

Y ¡adios mis bellas ilusiones! ¡adios mi soñada dicha!....

--¿Y Laura? le interrumpí, en el momento en que ibamos á beber la primera copa de cerveza en la cantina de «Las Chanitos».

--No supe nunca de ella. En vano pasé mil veces por frente á su casa y la busqué en todas partes, nada, ni su sombra. Algun tiempo despues recibí por correo esta lacónica misiva:

«Eduardo:--Nuestra dicha murió al nacer. Ya no volveremos á vernos.--Laura.»

--¿Y Sara? repuse.

--Tambien se perdió para siempre.

--¡Y cómo supieron los viejos que tú estabas en el jardin! ¿Cómo te esplicas el resultado de la cita?

--Sara me habia pedido, en pago de sus servicios, un vestido y un sombrero para ir á las carreras, que se iban á verificar en pocos dias más; y como yo no estaba muy boyante, no se los di.

--Esplicado. Pero aún no me has dicho cuál de las que salian de la Matriz es Laura. Hice la filiacion de todas; donde la vea otra vez la conozco. Cuál es?

--¡Caramba si eres majadero! ¡Toma! Al través del blanco tul que cubria el rostro de la novia, he reconocido á Laura, esa bella Laura, cuyo amor me produjo tantas desazones.

--Ah! Pero ¡Qué diablos! ya está casada! ¿qué vas á hacer ahora?

--¡Qué he de hacer! desear que viva feliz con su marido! Mientras tanto, yo llevaré eternamente grabado el recuerdo de aquella pasion en.... mi pantorrilla!!.............

J. Joaquin SALINAS.

Valparaiso, Abril 20 de 1898.

ESTIVAL

Ya se escapan de los vientres de las dulces mandolinas
celestiales vibraciones en sonora cabalgata,
y sus ósculos sonoros, y sus voces argentinas
depositan en el cáliz de las rosas purpurinas,
depositan en el cáliz de las rosas de escarlata.

Las albadas mariposas con sus giros orientales
al compás de la harmonia van danzando entre las flores;

Y azucenas y jazmines en su senos virginales,
con sus néctares ofrecen misteriosos madrigales
y preludios y sonrisas de sus cantos soñadores.

Los efluvios matinales embalsaman el espacio
y los músicos del bosque se columpian en sus nidos,
—¡de sus cándidos amores cada nido es un palacio!
y modulan temerosos sus cantares muy despacio
no queriendo que despierten los nenúfares dormidos!

Con las auras susurrantes se confunden en las (frondas
las caricias estivales de las bóvedas azules,
y las vírgenes inquietas de las áureas crenchas (blondas
estremecen á su paso los secretos de las ondas
y se alejan silenciosas, entreenvueltas en sus tules.

Y las cítaras y guzlas de los pálidos poetas
arpegiando de mil sueños las silentes cavatinas,
con sus notas perfumadas con suspiros de violetas,
corren, vuelan persiguiendo de las vírgenes in- (quietas
esos besos que aún dormitan en sus bocas pur- (purinas

Y esos besos que en sus notas el genial poeta im- (prime
son las lágrimas celestes, los suspiros terrenales;
son las fibras de su pecho, son las fibras con que gime,
son las rimas de su pena y el arpegio más sublime
que levanta hasta los cielos el gemir de los mortales!

Manuel J. SUMAY.

Buenos Aires, Estío de 1898.

Establecimiento Gráfico á vapor. Convención 82